

*La Eneida del Marqués de Santillana**

Vicente CRISTÓBAL
Universidad Complutense

RESUMEN

Análisis pormenorizado de la presencia de la *Eneida* en la obra poética del Marqués de Santillana.

Palabras clave: Virgilio. Marqués de Santillana. Mitología. Literatura Comparada. Tradición Clásica.

ABSTRACT

Analysis in detail of the *Aeneid's* presence in the Marqués de Santillana's poetry.

Keywords: Virgil. Marqués de Santillana. Mythology. Comparative Literature. Classical Tradition.

La obra poética del Marqués de Santillana es uno de los mejores ejemplos, junto con la de varios de nuestros poetas barrocos, de la necesidad del conocimiento a fondo de la mitología clásica, e incluso de sus fuentes concretas, como requisito previo para la lectura, para el disfrute pleno, cabal compren-

* Este trabajo se encauza en el Proyecto de Investigación «Virgilio en la literatura española» (PB1998-0776).

sión y exégesis de sus versos. Ese conocimiento se lo exige, casi con vehemencia, López de Mendoza a sus lectores (si no es que lo que pretendía era, más bien, no ser entendido, o, cuando menos, dificultar su entendimiento, con el único fin de aparecer como docto y oscuro). Por ejemplo: quien no haya leído la *Eneida* y guarde en su memoria los versos 568-569 del libro III (*interea fessos uentus cum sole reliquit,/ ignarique uiae Cyclopum adlabimur oris:* «Entretanto, cansados ya, nos abandonó el viento al mismo tiempo que el sol, y, sin saber el camino, arribamos a las playas de los Cíclopes»¹) no podrá, en consecuencia, entender del todo estos versos del Marqués (*Defunción de don Enrique de Villena*, 73-76), a menos de hacer la oportuna consulta:

E fue yo a la hora, bien commo el Troyano
fuyente a Celeno de las Estrofadadas,
e ronpió las olas a velas infladas
e vino al nefando puerto çiclopano.

Y no es que sea precisamente el libro III de los más leídos, ni hoy ni en el siglo XV. Buscaba don Íñigo, en efecto, una ostentación de doctrina en sus versos que, muchas veces, estaba, en realidad, por encima de su propia doctrina.

Entre su varia erudición antigua, el Marqués de Santillana deja translucir en su obra resabios de lecturas virgilianas, pero no de las *Bucólicas* ni de las *Geórgicas* —que hasta Juan del Enzina no aparecen literariamente reflejadas, según mis pesquisas²—, sino de la *Eneida*, que en el siglo XV comienza ya a ser materialmente conocida en España, sobre todo gracias a la traducción en prosa realizada por Enrique de Villena.

¹ O bien, en la libre y poco precisa traducción de Enrique de Villena, que sería donde el Marqués de Santillana leería el pasaje: «Ansi enojados de los vientos, dexándonos el sol, que se poner quería, non sabidores del camino, allegámonos a las riberas de los çiclopes...» (Enrique de Villena, *Obras Completas*, II, ed. y pról. de P. M. Cátedra, Madrid: Turner 1994, p. 835).

² Pues la proclama sobre la bienaventuranza de quienes «con el azada/ sustentan sus vidas e viven contentos» (*Comedieta* XVI), que alguna vez se ha esgrimido como eco del *O fortunatos nimium sua si bona norint/ agricolas* de *Georg.* II 458-459, es demasiado general, y concordante tanto con el *Beatus ille* horaciano, como con pasajes de Séneca trágico, sin que muestre ninguna estricta proximidad formal con el texto virgiliano. Además, teniendo en cuenta también las ausencias de ecos virgilianos allí donde serían esperables o posibles podemos también hacer deducciones en este sentido: por ejemplo, Juan de Mena, al hablar de Orfeo en sus *Glosas a la Coronación del Marqués de Santillana* (copla XVI), denuncia derivación de Ovidio y Boecio, no del libro IV de las *Geórgicas*.

Antes de esa época las referencias literarias que tenemos a ella o a su argumento son indirectas, mediatas y con manifiestos errores que denuncian ese origen indirecto y mediato: así el pasaje sobre Dido y Eneas en las dos obras históricas de Alfonso X el Sabio (*Primera Crónica General*, caps. 51-61; *Grande e General Estoria*, 2.^a parte, *Jueces*, caps. 370-374 y 618-621), donde la distorsión del argumento virgiliano y su contaminación con la versión sobre Eneas basada en Dictis y Dares son índice de una época en la que Virgilio y sus obras eran más un recuerdo difuso que una presencia viva. Y ello es así con independencia de que al alcance de los letrados hispanos existieran, como en verdad existían, manuscritos que hacían posible un conocimiento directo de esas obras; si fueron leídos tales manuscritos, dicha lectura no tuvo —que yo sepa— proyección literaria por las razones que sean, tal vez incluso por obstáculos de comprensión. En esos pasajes alfonsíes, en efecto, el contenido virgiliano está en el remoto origen de una tradición que llega a través principalmente de Jiménez de Rada, *Historia Romanorum*, cap. 2, pero también, sin duda, de alguna otra fuente para nosotros desconocida, tal vez glosas de las *Heroidas* ovidianas; lo que sí se muestra claro es el conocimiento asimilado de los escolios de Servio; y claro también me parece que no hay en estos pasajes mediación del *Excidium Troiae* (obra que sí conoció, en cambio, más tarde, Enrique de Villena, y de la que hizo abundante uso en sus *Glosas* a su traducción de la *Eneida*).

En la carta «a su hijo don Pero Gonçález, quando estava estudiando en Salamanca» se jacta don Íñigo de haber promovido, entre las de otras obras, la traducción de la *Eneida*, con lo cual alude casi con seguridad al apoyo por él prestado a Enrique de Villena en su empresa de verter la epopeya latina al castellano³. Sería, pues, con toda probabilidad en esa traducción en la que el marqués de Santillana tendría la fuente para todos los ecos virgilianos de su poesía, como nos lo confirma el hecho de que en su biblioteca se encontrara

³ «A ruego e instançia mía, primero que de otro alguno, se han vulgarizado en este reyno algunos poetas, assi como la *Eneida* de Virgilio, el *Libro mayor de las transformaciones* de Ovidio, las *Tragedias* de Lucio Anio Séneca e muchas otras cosas en que yo me he deleytado fasta este tiempo e me deleyto y son assí como un singular reposo a las vexaçiones y trabajos que el mundo continuamente trae, mayormente en estos nuestros reynos...» (Íñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana, *Obras completas*, ed., intr. y notas de A. Gómez Moreno-M. P. A. M. Kerkhof, Barcelona: Planeta 1988, pp. 456-457). Para esta carta, cf. A. Gómez Moreno, «Una carta del Marqués de Santillana», *Revista de Filología Española* 63 (1983) 115-122.

dicha traducción —más un resumen de la epopeya latina debida a Andrea Lancia—, según los datos que nos proporciona M. Schiff⁴.

Aunque sobre la permeabilidad de la obra de Santillana a la tradición clásica contamos, entre otros, con los importantes trabajos de A. G. Reichenberger⁵ y M. I. López Bascañana⁶, queremos nosotros atender específica y monográficamente aquí a la deuda con el Virgilio épico, y a la función poética de las reminiscencias, reconstruyendo su proyectada lectura de la epopeya; para lo cual partiremos del propio orden argumental de la misma; así comprobaremos cómo, aunque haya una más persistente memoria y fijación de los libros iniciales, no obstante, también los libros bélicos de la segunda parte dejaron su marca; el autor, por tanto —podemos deducir—, hizo una lectura completa de la obra. Descubriremos también con esta «metalectura» unas maneras de recepción de lo clásico que pertenecen en parte al hábito medieval, pero que también en parte son adelanto renacentista.

1. Para empezar, deformación del nombre del héroe virgiliano, por razón de acomodación a la rima —lo cual es proceder típicamente medieval⁷—, tenemos en la *Defunción de don Enrique de Villena...*, estrofa XX (vv. 155-156):

Perdimos a Libio e al Mantüano,
Macrobio, Valerio, Salustio e Magneo;
pues non olvidemos al moral Eneo,
de quien se laudava el pueblo rromano.

Algo en lo que conviene reparar es la acertada percepción, implícita en el adjetivo con que se caracteriza al héroe virgiliano, de la heroicidad peculiar de Eneas basada, por confrontación con los héroes homéricos, en su ética y no en sus valores de otra índole; la alusión a la dimensión nacionalista de

⁴ *La bibliothèque du Marquis de Santillane*, París 1905, pp. 89-91.

⁵ «The Marqués de Santillana and the Classical Tradition», *Iberoromania* 1 (1969) 5-34.

⁶ «El mundo y la cultura grecorromana en la obra del Marqués de Santillana», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* 80 (1977) 271-320; y «La mitología en la obra del Marqués de Santillana», *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo* 54 (1978) 297-330.

⁷ Como licencia poética lo explica y admite Juan del Enzina en su *Arte de poesía castellana*, cap. VIII.

su leyenda apunta, aun sin hacerlo explícito, a la obra que es por antonomasia vehículo de esa leyenda magnificada por la visión patriótica, a la *Eneida*. Este «moral Eneo/ de quien se laudava el pueblo rromano» es el Eneas de Virgilio y no el de Dictis y Dares, reo de traición, que todavía aparecerá como tal en la estrofa LXXXIX del *Laberinto* de Mena («aunque Virgilio te de más honor» —dirá el poeta, mostrándose conocedor de las dos versiones, la más típicamente medieval y la más típicamente renacentista). La alusión al héroe de la epopeya, en *variatio* frente a los nombres de autor de que aparece rodeado («Magneo» alude a Lucano, esto es: M. Annaeus Lucanus), no constituye en absoluto ninguna metonimia para apuntar al autor, Virgilio, al que ya se había nombrado arriba como «Mantüano», sino que es una prueba de que Eneas era concebido como personaje plenamente histórico, tan histórico como el poeta que de él hablaba; se trata de un eslabón más en esta cadena de celebridades que sucumbieron a la muerte, como humanos que eran. Lo curioso del caso es que Eneas, según el testimonio mitográfico, al menos, de Ovidio en *Met.* XIV 598-608, no murió sino que fue purificado en el río Numico por su madre Venus y deificado, de modo que no era precisamente su nombre el más indicado para figurar en este elenco, sutilezas estas en las que no repara el discurso poético de Santillana.

2. Proyección de la tempestad de Eneas (*Aen.* I 81 ss.) leemos en la estrofa XI de *El Sueño*, y en especial de los versos 81-89 (*Haec ubi dicta dedit [Aeolus], cauum conuersa cuspide montem/ impulit in latus; ac uenti uelut agmine facto,/ qua data porta, ruunt... eripiunt subito nubes caelumque diemque...*):

Oscuras nubes trataron
mis altos comedimientos;
Eolo soltó los vientos
e cruelmente lidiaron...

3. Y, de nuevo, con más explicitud, en las estrofas LII ss. de la *Comedieta de Ponça*, donde, primero, se pone como término de comparación la tempestad de Eneas (vv. 415-416):

nin equal tormenta los teucros sintieron
al tiempo que Juno más los perseguía,

y luego, a comienzo de la estrofa siguiente (vv. 417-420) se recuerda, con la misma finalidad comparativa, la intervención favorable de Neptuno (*Aen.* I 124 ss., y en especial 142-143):

Non vi yo a Neptuno en carro dorado
andar por el agua, commo se recuenta,
quando, de la madre de Amor implorado,
la flota dardania libró de tormenta...

Lo que no es virgiliano, sino ornato añadido del poeta, es el carro «dorado» de Neptuno (ni tampoco el adjetivo se debe al traductor Villena, quien traslada: «Él andovo con sus caballos tirantes el divinal carro prósperamente por ençima del agua»).

4. Hay otro explícito recuerdo de la *Eneida*, y en concreto del encuentro de Eneas con su madre al poco de desembarcar en Cartago (*Aen.* I 314 ss.), en la estrofa V de la *Coronación de Mossén Jordi de Sant Jordi*:

Tal dizen que Eneas vido
a la Çipriana, quando
se le demostró caçando
çerca los reynos de Dido,
porque luego mi sentido
al Eneida recordando,
vido ser ellas del vando
de la madre de Cupido.

La referencia culta se hace por medio del nexa comparativo: el poeta en su visión se encuentra con unas doncellas equipadas con arco a la moda de Esparta («cada qual arco embraçado/ a manera d'espartanas,/ las faldas non cortessanas,/ pero las flechas al lado»), tal y como Virgilio pinta a Venus en su encuentro con Eneas en vv. 315-320 (*gerens et uirginis arma/ Sparta-nae...*). Un afán por la variedad expresiva y por el alejamiento de la dicción llana y directa conduce al poeta a las perífrasis sustitutivas de los nombres propios, aquí, en vez de «Venus», «la Çipriana», por la procedencia chipriota de la diosa del amor, o «la madre de Cupido».

5. En *El sueño*, vv. 521-529, se utiliza el pasaje de la *Eneida* en el que Ascanio, por obra de Venus, es cambiado por Cupido (I 657-660: *ut faciem*

mutatus et ora Cupido/ pro dulci Ascanio ueniat, donisque furentem/ incendat reginam atque ossibus implicet ignem...); el marqués recurre a tal episodio para elaborar una más de entre sus perífrasis cultas (nótese el latinismo «fito»= *fictus*), con la que nombrar al dios del amor:

El fito Ascanyo c'a Dido
honesto vida robó,
sin horden se recluyó
a la reguarda vençido,
mas con un grand alarido
Venus, Júpiter e Juno
socorrieron de consuno
al fraudulentto Cupido.

6. El personaje de Dido, aunque, como se sabe, su difusión literaria no parte únicamente de Virgilio (hay que contar con la *Heroida* VII de Ovidio y con la versión «histórica» acerca de la reina, transmitida sobretudo por Justino), consta en varios lugares de la poesía del marqués y en un contexto la mayoría de las veces que hace evidente la fuente virgiliana, así en el «dezir» que comienza «Al tiempo que demostrava», vv. 75-76, donde el caso aducido entra en una lista de ejemplos de amor no correspondido:

Eneas muy bien amado
fue de quien él desamava,

y donde para nombrar a la reina se recurre de nuevo al procedimiento de la ocultación nominal mediante la perífrasis.

7. Y también se recuerda a Dido, con su nombre alterno, y su banquete hospitalario, en la *Coronación de Mosén Jordi de sant Jordi*, vv. 69-72, trayendo la referencia otra vez, como vamos viendo que es habitual, por medio de la comparación:

en el conbite d'Elissa
non se fizo tan grand fiesta
comme en aquella floresta
que mi proçesso devisa.

8. La expresión «estrellas cayentes» de la estrofa XVIII de *El planto de la reina Margarida*, está forjada indudablemente sobre la secuencia *cadentia sidera* de *Aen.* II 9.

9. En el v. 809 de la *Comedieta* aparece designada la reina de Cartago, por mor de la variación expresiva, con otra perífrasis basada en el parentesco:

Allí vi de Pigmalión el hermana...

10. En el v. 428 de los *Proverbios*, en el seno de una enumeración de mujeres hermosas (Evadne, Diana, Lucrecia, Dafne), se lee por fin el nombre propio, junto con el de su hermana, de la virgiliana prófuga fenicia, pues esa tendencia al circunloquio y a la elusión nominal se suele olvidar cuando la ejemplificación es múltiple:

Fermosas con grand sentido
fueron Vagnes,
Diana, Lucreçia e Damnes,
Ana e Dido...

11. Más interés tiene aún que en la glosa de esos versos el marqués explique las dos versiones sobre el personaje, la llamada «verdadera ystoria», es decir, la versión de Justino —y de varios autores cristianos— que negaba el encuentro entre Dido y Eneas, y la del propio Virgilio, definida como historia poética, con desviaciones con respecto a la «verdadera» que, sin embargo, en palabras del autor, no merecen reprobación ya que tal tipo de cambios «de licencia poética es permissio»:

Dido, segund se recuenta en su verdadera ystoria, fija fue del rey Belo e hermana de Pigmaleón e muger de Açerva Sicheo, la qual después de la muerte de aquél fizo voto de castidad e partióse de la tierra onde su marido le fuera muerto por el malvado hermano Pigmalión, e vino en África e fundó la grand çibdad de Cartago. E como ella viniesse en aquélla en propósito de honesta pudiciçia, fue demandada por el rey Jarba el segundo matrimonio, lo qual commo ella denegasse, él la guerreó poderosa e muy ásperamente en tanto grado que veyendo non poder resistir las fuerças de aquél, por non venir en manos suyas e fuyr el corronpimiento de castidad, quiso antes morir casta que bivir viola-

da; e assí se lançó en una llama donde fenesçió sus días. E d'esta ystoria aunque Virgilio por otra manera faze mençion, non es de reprovar, por quanto de licencia poética es permissio.

12. El personaje de Sinón, el mentiroso griego que persuadió a los troyanos a que introdujeran en sus muros el calamitoso caballo (*Aen.* II 57 ss.), consta en el soneto XV, al tiempo que se menciona en el mismo —equivocando el nombre— a Laoconte, como el polo contrario de Sinón:

Ca si bien miro, yo veo a Sinón,
magra la cara, desnudo e fambriento,
e noto el modo de su narración,
e veo a Ulixes, varón fraudulento;
pues oyd e creed a Lychaón,
ca chica çifra desfaze grand cuento.

13. Los mismos dos personajes del libro II de la epopeya latina son aludidos (pues el segundo está implicado en esa referencia a las serpientes) en estos versos 373-376 de la *Comedieta de Ponça*:

e todo el engaño que fizo Sinón
allí se dezía, commo por enxemplo,
e de las serpientes vinientes al templo,
e cómmo se priso el grand Ylijón.

14. Los vv. 56-57 del libro III de la *Eneida*, esa exclamación que se ha convertido en emblemática contra la avaricia (*quid non mortalia pectora cogis,/ auri sacra fames!*), y de la que se hará eco también Juan de Mena (*Laberinto LXXXIX* y *Tratado de amor*, p. 383 ed. M. A. Pérez Priego, Barcelona: Planeta 1989), dejan su impronta en los siguientes (25-28) del marqués en su obra *Doctrinal de privados*:

¡O fambre de oro ravisosa!
¡quáles son los coraçones
humanos que tú perdones
en esta vida engañosa?

15. Del libro III de la *Eneida* está tomada también la perífrasis poética para la expresión del tiempo (*Defunción de don Enrrique de Villena...*, vv. 73-

76) a que nos referíamos al principio de esta exposición, pero debe notarse que el episodio de las Harpías está notoriamente alejado del de la llegada a la tierra de los Cíclopes (aquél en vv. 210-269, éste en 568-569), a pesar de que los dos aquí se yuxtapongan como si fueran próximos. En cualquier caso, es sorprendente —como al principio señalábamos— el uso del material literario virgiliano como clave necesaria para el desciframiento del enigma.

16. La despedida de Dido a Eneas y a su gente aparece recordada en estos versos (105-108) de la *Comedieta de Ponça*, de violenta syntaxis, donde el adjetivo gentilicio sustituye al nombre propio de la reina y donde se crea el término «yliones», también gentilicio, como sinónimo de «troyanos»:

Non menos fermosa e más dolorida
que la Tiriana, quando al despedir
de los yliones e vio recogida
la gente a las naves en son de partir...

Habría que glosar así los tres últimos versos: «en el momento de despedir a los de Ilio y en el momento de ver a la gente recogida hacia las naves en son de partir».

17. Buena parte de la descripción virgiliana del mundo infernal, tanto de la región de los castigados (Titanes, Aloidas, Salmoneo, Ticio, los lápitas, las Furias, Flegias) como de los Campos Elisios, está resumida en *Bías CLI ss.*, con ecos puntuales en los que aquí nos detendremos brevemente: así, en *CLVII*, los versos:

E la suelta mançebez
de los Titanos, gigantes
impremidos o penantes
de la noxia vejez,
porque sobervios temptaron
offender
al tronante Jupiter,
lo qual de fecho assayaron,

dependen de *Aen.* VI 580-581, y acaso de su glosa:

hic genus antiquum Terrae, Titania pubes,
fulmine deiecti fundo uoluntur in imo;

los siguientes versos de CLVIII:

E los Aloydas que fueron
de tan extrema grandeza
que por su grand fortaleza
se cuydaron e creyeron
las çelestiales alturas
corromper,
muy dignos de poseer
las tartáreas fonduras,

provienen de *Aen.* VI 582-584:

hic et Aloidas geminos immania uidi
corpora, qui manibus magnum rescindere caelum
adgressi superisque Iouem detrudere regnis;

los que hablan de Salmoneo (nombre que aquí se corrompe en «Salamona», tal vez por sola necesidad de rima, como se corrompe el nombre de la comarca de la «Élide», que aquí aparece, acaso por iguales razones, como «el Yda») en CLIX:

E punido Salamona
de la mesma punición,
porque la veneración
deyfica se razona
usurpar quiso, tronando
en el Yda,
donde le tajó la vida
el Alto fulgureando,

son versos deudores de *Aen.* VI 585-594:

Vidi et crudelis dantem Salmonea poenas,
dum flammas Iouis et sonitus imitatur Olympi.
Quattuor hic inuectus equis et lampada quassans
per Graium populos mediaeque per Elidis urbem
ibat ouans, diuumque sibi posebat honorem,
demens, qui nimbos et non imitabile fulmen
aere et cornipedum pulsu simularet equorum.

At pater omnipotens densa inter nubila telum
contorsit, non ille faces nec fumea taedis
lumina, praecipitemque immmani turbine adegit;

y así sucesivamente, los versos sobre Ticio y los lápitas (CLX) dependen de *Aen.* VI 595-603; la estrofa sobre las Furias (CLXI), de *Aen.* VI 605-614; la estrofa sobre Flegias (CLXII), de *Aen.* VI 618 ss.; la estrofa CLXIII, que habla sobre los Cíclopes y sobre la llegada a los Campos Elisios, viene de *Aen.* VI 630 ss. y 636 ss., y del mismo modo todo lo que se dice a continuación hasta el final del poema, e incluso la larga vestidura de Orfeo (*Aen.* VI 645: *Threicius longa cum ueste sacerdos*) se proyecta en esta precisión (CLXXII):

E con largas vestiduras
gravedad
muestran, con grand honestad
las sus comendables curas.

18. Reminiscencia de la caza por Ascanio del ciervo de Silvia, causa de la guerra troyano-latina (*cf.* *Aen.* VII 475 ss.), consta en la estrofa 64 de la *Comedieta*:

Non a tan grand yra çierto provocó
la muerte del çiervo al pueblo latino...,

19. La presencia de Hipólito en *El Infierno de los enamorados* XXXI ss., y su prosopopeya, atiende, sin duda, a su aparición en el libro VII de la *Eneida*. Es él, el hijo de Teseo y amado de su madrastra, muerto y resucitado, el que guía al visionario poeta en un paseo por el otro mundo, y, tras ser retratado con un comprensible anacronismo (estrofa XXI), se presenta él mismo con toda su carga legendaria (estrofas XXXI-XXXIII):

Yo só nieto de Egeo,
fijo del duque de Athenas,
aquel que vengó a Thideo
ganando tierras ajenas,
e soy el que las cadenas
de Cupido quebranté
e mi nave levanté
sobre sus fuertes entenas.

Ypólito fui llamado
 e morí segund murieron
 otros, non por su pecado,
 que por donas padesçieron;
 mas los dioses que sopieron
 cómmo non fuesse culpable,
 me dan siglo deleytable
 como a los que dignos fueron.

E Diana me depara
 en todo tiempo venados
 e fuentes con agua clara
 en los valles apartados,
 e arcos amaestrados
 con que faga çiertos tiros,
 e çentauros e satiros
 que m'enseñen los collados,

versos que, sin duda, dependen —como decíamos— de la noticia, aunque simplificada y tal vez con alguna mediación, sobre la resurrección y segunda vida de Hipólito en *Eneida* VII 761-782:

namque ferunt fama Hippolytum, postquam arte nouercae
 occiderit patriasque explerit sanguine poenas
 turbatis distractus equis, ad sidera rursus
 aetheria et superas caeli uenisse sub auras [...]
 At Triuia Hippolytum secretis alma recondit
 sedibus et nymphae Egeriae nemorique relegat,
 solus ubi in siluis Italis ignobilis aeuum
 exigeret [...]

20. Del mismo modo que en *Aen.* VII 641 ss. se invocaba a las Musas para recordar los nombres de los que intervinieron en la contienda, siguiendo a dicha invocación la enumeración de tropas latinas (*Pandite nunc Helicon, deae, cantusque movete/ qui bello exciti reges, quae quemque secutae/ complerint campos acies...*), así también, con segura reminiscencia virgiliana, en los vv. 745 ss. de la *Comedieta* se hace la misma invocación como prólogo para una enumeración:

O Musas, mostradme las gentes insignes
 que en este conclave vinieron presentes,

de toda la tierra fasta los sus fines,
ca non fallo algunos que fuessen absentes...

21. La comparación de los dardos con el granizo, que estaba en *Aen.* IX 669 ss. y X 803 ss., la hallamos en la estrofa 68 de la misma *Comedieta*:

E commo el granizo que fiere en linera
traydo del viento aquilonar,
inmensas saetas de aquella manera
ferían los nuestros por cada logar.

22. A algunos de los caudillos del Lacio, adversarios de Eneas, y enumerados a fines del libro VII, en esa arriba mencionada lista, se hace referencia en los vv. 785 ss. de la *Comedieta*:

Vi a Latino con muchos latinos,
e con él a Turno e los de Laurençia,
vi a Miçencio e los tiburtinos,
a Lauso e a Virbio, de noble presençia:
vi muchos otros de aquella valençia,
Messaffo e a Unbro, e vi los sabinos,
vi los semnitas, de memoria dignos,
con otros que hovieron de allí dependençia.

23. En el v. 757 de la *Comedieta* se hace mención del malvado Caco en asociación al monte Aventino, donde estaba su gruta:

Allí vi yo a Caco de monte Aventino...

24. Y en vv. 106-108 del poema *Sobre la quartana del señor rey*, otra vez Caco se pone en relación con Hércules, rememorando el episodio etiológico narrado en el VIII de la *Eneida*:

A la secta sergiana,
qual Hércules contra Caco...

25. Mención de varios personajes virgilianos, partícipes señalados en la contienda troyano-latina (Palante, Niso, Euríalo, Ascanio, aparte del propio

Eneas) y del escudo ilustrado que Venus regaló a su hijo hay en la estrofa 98 de la *Comedieta*:

Allí vi yo a Eneas, e con él Palante,
Uríalo e Niso, e vi a Lenor,
Asillas, Çineo, a Escanio, el infante,
con otros varones del mesmo favor;
e vi los que fizo la madre de Amor
pintar en la tarja con toda la Ytalia...

26. Y el recuerdo de la amazona Camila, en la estrofa 104 de la misma obra, v.825:

Vi a Camila e vy Penolope...

27. La lucha de los dos bandos, el de Eneas y el de Turno, aparece como tema de comparación; el plano real de tal símil es la imagen del amanecer, y la juntura de ambos planos es ciertamente chocante e inesperada: el sol —Apolo— lucha contra la oscuridad como Eneas luchaba contra Turno. He aquí un modo, ciertamente insólito, de enriquecer doctamente la fórmula mitológica para indicar el tiempo. Así en la *Comedieta de Ponça*, vv. 441-448:

Ya los corredores de Apolo robavan
del nuestro horizonte las obscuridades,
e las sus fermosas batallas llegavan
por los altos montes a las sumidades;
e bien commo el Teucro e los eneades
firieron las azes e señas de Turno,
ronpió la tiniebra, el ayre nocturno,
e fizo patentes las sus claridades.

28. La comparación con Lavinia de una mujer amada por el marqués encabeza su tercer soneto:

Qual se mostrava la gentil Lavina
en los honrados templos de Laurencia,
quando solempnizavan a Heritina
las gentes d'ella con toda femencia...,

digna de tenerse en cuenta por ser uno de los pocos textos, aparte del suplemento a la *Eneida* de Mafeo Vegio, en que resucita literariamente la tácita prometida italiana de Eneas. Aunque, realmente, en el poema virgiliano no aparece nunca Lavinia sacrificando a Ericina —es decir, a Venus—, sin embargo, el pasaje más cercano parece aquel del libro XI (vv. 475-485) en que vemos a la princesa acompañando a su madre para hacer una ofrenda a Palas. En ese pasaje, no obstante, la única indicación sobre la hermosura de Lavinia radica en tres palabras del v. 480: *oculos deiecta decoros*⁸.

De modo que la traducción de la *Eneida* por Enrique de Villena resultó extraordinariamente fecunda en la obra de su contemporáneo, el Marqués de Santillana, y fue para él —como hemos ido viendo— depósito de erudición con la que poder dar a sus versos ese por él buscado revestimiento de modernidad, basado en la vuelta a la modélica Antigüedad, esa elevación y distinción aristocrática por sobre la más simple y popular poesía cancioneril. Dicho de otra manera: según ocurre muy frecuentemente en la literatura posterior al Renacimiento, don Íñigo López de Mendoza acude a los argumentos y figuras míticas del clasicismo —en este caso concreto, de la *Eneida*— como instrumento idealizante de la realidad que él canta en su poesía.

⁸ Véase nuestro trabajo «La Eneida en sonetos», en F. J. Gómez Espelosín (ed.), *Leciones de Cultura Clásica*, Alcalá de Henares 1995, pp. 151-179.